

DOMINGO II DE ADVIENTO (B)

Homilía del P. Ignasi M. Fossas, monje de Montserrat

7 de diciembre de 2008

Is 40,1-5.9-11; Sal 84, 9ab-10.11-14 (R.:8); 2Pe 3, 8-14; Mc 1, 1-8

Pueblo de Sión: mira al Señor que viene a salvar a los pueblos. Con estas palabras, hermanas y hermanos, hemos comenzado la Misa de este segundo domingo de Adviento. Están tomadas del libro del profeta Isaías y anuncian que la salvación de Israel no es exclusiva del pueblo de la alianza sino que va destinada a todos los pueblos. La salvación que los profetas del Antiguo Testamento anuncian a Israel no es tanto un privilegio del pueblo escogido, como la primicia y la anticipación de la salvación universal. Todos somos llamados a participar de la bondad de Dios, tanto los descendientes de Abraham como los que venimos de las naciones paganas. Tanto es así que, en cierta manera, todos nos podemos considerar herederos de la promesa hecha al primero de los patriarcas.

En la primera lectura, hemos oído un fragmento especialmente emotivo del profeta Isaías. Con palabras llenas de ternura, el profeta dirige un mensaje de consuelo y de aliento a Jerusalén y, a través de la ciudad santa, a todo Israel. *Consolad, consolad a mi pueblo ... hablad al corazón de Jerusalén, gritadle que se ha cumplido su servicio, y ha sido pagado su crimen.* Este mismo fragmento lo volveremos a encontrar a los maitines de Navidad, y es que la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios hecho Hombre es el cumplimiento de esta profecía. En Jesucristo ha aparecido plenamente la gloria del Señor, Él nos ha abierto el camino de retorno a Padre, ha abierto en el desierto de este mundo marcado por el pecado y la muerte una ruta para el Señor, que nos quiere devolver la vida eterna, la alegría y la dicha para siempre.

La salvación que anuncia el profeta Isaías se realiza, como hemos dicho, en Jesucristo. Y aquí encontramos una de las paradojas de la fe cristiana. Y es que la Buena Nueva de la salvación se expresa plenamente, no en el triunfo aparente ni en el estallido victorioso de un tipo de superhombre, sino en la cruz de Cristo. Es delante del crucificado que podemos decir, con el profeta: *aquí tenéis a vuestro Dios.* El poder de Dios, su victoria, sus trofeos, son el aniquilamiento hasta la muerte y una muerte de cruz. A través de este punto de encuentro profundo con nuestra humanidad, el Señor Jesús nos libera del poder del pecado y de la muerte. Su resurrección es creíble y nos alcanza realmente porque pasa, previamente, por el abajamiento de la pasión y de la muerte. Y porque pide, de parte nuestra, la aceptación libre y voluntaria.

Por respeto a la libertad personal, Jesucristo no se impone ni se hace presente de forma acaparadora, sino que se hace preceder, se hace anunciar, por un mensajero. Es el caso de Juan Bautista, como hemos oído en el evangelio, que predicaba la conversión para obtener el perdón de los pecados, con miras al reconocimiento del Mesías. Por eso decía: *detrás de mí viene el que puede más que yo.* Todos nosotros participamos, en cierta manera, del ministerio de Juan Bautista, en el sentido que somos llamados a anunciar a Cristo, a proclamar la salvación que nos viene del Hijo de Dios hecho Hombre.

Corresponde, después, a cada uno, decidir libremente si acepta o no la persona de Cristo, si se deja tocar o no por su amor inmenso, si se deja encontrar por su persona humano-divina, si se deja cautivar por su hechizo renovador y liberador. Hemos que tener presente que llegará el día del Señor, como decía la segunda carta de san Pedro. Aquel día, en el cual lo veremos cara a cara, nos encontraremos en su presencia directamente, sin mediaciones ni intermediarios. Y según el amor, el deseo, el anhelo con que hayamos vivido hacia Él y hacia los otros, según nuestra esperanza

de un cielo nuevo y una tierra nueva, seremos juzgados por toda la eternidad. Que aquel día, temible y glorioso al mismo tiempo, el Señor nos encuentre velando en oración y constantes en la bondad y el amor.